

El Baluarte

DIARIO REPUBLICANO

DIRECCION Y ADMINISTRACION
Lagar núm. 5.

Subscripción.—Sevilla: Un mes, 2 ptas.
Un año, 20 ptas.—Provincias: Tres meses, 7,50
Ptas.—Un año, 25 ptas.—Pago adelantado.
Número atrasado, 25 céntimos de peseta.

NÚM. 207.

Sevilla.—Martes 12 de Septiembre de 1899

AÑO XXIII.

SIN GOBIERNO

Francia se redimió inmediatamente después de Sedán porque un hombre enérgico, de firme y decidida voluntad, sacrificó su historia y sus ideales al servicio de la patria, poniéndose al frente del Gobierno republicano, él, que, opuestamente resuelto a la guerra con Prusia, en aquel último Parlamento del imperio se quedó solo, declarando con un valor heroico que la guerra sería un desastre para la Francia y una vergüenza para el ejército francés, que carecía de caudillos, de organización y de verdadera disciplina.

La profecía de Mr. Thiers se cumplió. El ejército francés huyó despavorido ante un grupo de hulanos, y su emperador, encarnación y verbo de aquellas legiones sin orden ni concierto, entregó su flamante espada al rey de Prusia para salvar su vida y garantizar la sucesión de su dinastía. Pero ni el emperador ni el rey contaron con que un pueblo como el pueblo francés no acepta el firmán imperial, producto de una vergüenza, y se alzó contra el imperio y contra el prusiano, y aunque tarde, demostró que sabía luchar por defender su honor, su hogar y sus intereses; y libre ya, con el gran Gambetta a la cabeza, organizó rápidamente la defensa y contuvo al prusiano. Era el pueblo ya el que combatía. No era el imperial poder que fue a la guerra por orgullo, creyendo empresa fácil ceñirse la corona del vencedor y dominar a Europa, como lo hiciera su tío el Grande.

Organizó el pueblo la defensa, hizo la paz y buscó al redentor donde se encontraba, atento sólo a la salvación de la Francia. Thiers era el único llamado a reparar el desastre, echando los cimientos para hacer una Francia nueva, digna y respetada; comenzando por ser justo y enérgico, atendiendo al cumplimiento severo de la ley, con profundo respeto al derecho de todos, constituyó un Gobierno fuerte, basado en las instituciones liberales y republicanas, informado en amplio espíritu de justicia y de igualdad en todos los órdenes, tan prudente en los progresos como inexorable con los excesos de los extremos de ambos lados.

Aquí hemos apurado mayores vergüenzas y más terribles descalabros que el de los franceses en Sedán. Hemos presenciado rendimientos de plazas que nuestros generales afirmaban un día eran inexpugnables; hemos perdido honor, territorio, crédito y vergüenza, y el imperio perduró, y las vergüenzas se suceden, sin que aparezca por ninguna parte el Thiers que haya de redimirnos, ni se vea la energía popular capaz de espontánea explosión que todo lo arrolle y lo destruya con su vigoroso impulso.

Tras vencimiento sin lucha ha venido la paz sin decoro.

Tras del Gobierno que nos deshonró ante el mundo, se han sucedido otros ministros del rey, que, ostentando el aparato título de regeneradores, ofrecieron halagos a regionalistas, transigieron con los neos, se apoyan en los jesuitas y en las comunidades religiosas, ofrecen transacciones a comerciantes e industriales, firman combinaciones en la sombra, hoy se apoyan en ciertos elementos para combatir a los contrarios, y al día siguiente utilizan a éstos contra aquéllos. Presentánnos unos presupuestos condenados por la nación en masa, y ofrecen rebajarlos. Ofrecen grandes economías en la campaña de verano, y transformaciones esenciales en los servicios públicos, y el resultado es una vergonzosa reforma en Estado y una polacada, de la que ha sido víctima el señor Zea Bermúdez.

Silvela parece, más que el presidente del Consejo, el abogado de un concursado, que se pasa el tiempo zurciendo la voluntad de los acreedores y haciendo ofrecimientos de un tanto por ciento más ó menos elevado, según la condición ó travesura del acreedor.

El Sagrado Corazón sirve de grito de guerra contra el régimen, y se expide una real orden autorizando esta ostentación guerrera. El Congreso de Burgos, club revolucionario que proclama en voz alta la destrucción de todo lo actual, es tolerado; y se le manda, además, un representante de gran cuenta para transigir con él.

Se arroja a los contribuyentes el guante, después de mil ofrecimientos que no se han cumplido.

Obispos, jesuitas y frailes viven a su antojo é imperan sin temor a ley, justicia ni Gobierno. Sólo ante el ciudadano, ante Juan Paga, ante el noble pueblo, el Gobierno se yergue y amenaza.

Los regeneradores son los grandes hipócritas, los modernos farsantes, los que transigen con el fuerte y se ensañan contra el débil; son el poder que no gobierna, el ministerio que no tiene fuerza para que impere la ley. El gran fantoche que, elevado a las alturas, quiere sólo sostenerse, dejando a cada cual que haga lo que le venga en ganas con tal que a él no le toquen.

El Sr. Durán y Bas amenazó en el Consejo último con algo muy grave en Cataluña si en un período breve no hace el Gobierno lo que él pretende—y sigue siendo ministro.—Todo está desquiciado, y ni hay autoridad, ni resortes de gobierno, ni Constitución, ni ley, ni nada más que la voluntad de los fuertes.

Murmuraciones

El general Martínez Campos ha tomado por su cuenta salvar el país a fuerza de conferencias políticas que nadie le interesa, pero que él bucnamente se toma el trabajo de dar, convencido de que ni quita ni pone, y así entretiene el tiempo.

Se ha empeñado su merced, a fuerza de tanto dar en la herradura, acertar algún que otro golpe en el clavo, y con su duque de Tetuán a pleito, ilustre zángano político que tiene menos talento que Pozero el obispo de Córdoba, que es cuanto hay que decir, una se le va y otra se le viene, y no hay periódico que no nos traiga a diario con letras grandes: *Lo que ha dicho Martínez Campos*.

Bien es verdad que aquí les oímos como él que oye llover (al periódico y al Martínez); pero es fuerza protestar de ese chicharro político casero que no tiene otro fin que seguir sosteniendo sobre el altar político monárquico esas efigies desprestigiadas que no han hecho ningún milagro, y que todavía se empeñan en seguir colocadas en la hornacina para que vayan a rendirle pletestas los devotos.

Sigue la peste bubónica como los trigos, en calma, vendiéndose al mismo precio... ¡vamos, ni sube ni baja! Recurso muy apropiado para que la gente vaya acostumbrándose a todo lo que Polavieja haga, sin protestas y sin gritos, y sin ocuparse en nada. ¡Oportol... Bien haya Oporto, porque en estas circunstancias ha evitado con la peste otra peste de más fama: esta que nos avergüenza por las calles y las plazas; por lo menos, las basuras se recogen... ¡y ya es gracia que las calles estén limpias, aunque no lo estén las casas!...

He oído decir que por el Cabildo de la Catedral de Sevilla se van a hacer rogativas para que el diestro Reverte sane de la cogida que ha sufrido en Bayona, visto el grandioso interés que la prensa de la Corte ha demostrado, y viene demostrando, en asunto de tanta entidad para el porvenir de España.

Por su parte el diestro alcalareño se comprometerá—si sana con las rogativas—a imponer en la Caja de Patronos de dicho Cabildo la cantidad que falta por ingresar aún de los dos millones que de ella fueron sustraídos para matitar profanamente a beneficio de los señores claveros.

Por cierto que ninguno de ellos ha ido a presidio, ni siquiera a la prevención.

Sino que siguen tan campechanos consagrando a Dios con las mismas pecadoras manos con que consagraron los dos millones de marras al tanto por ciento, de interés.

Le han dado un rico banquete a Polavieja en Gijón... ¡Ya sabe el buen don Camilo aprovechar la ocasión! Del discurso pronunciado ni una palabra se sabe, aunque su gente asegura que habló bien del arquitrabel.

Oigamos lo que se le ocurre a un colega acerca de nuestra triste situación:

«Para los españoles hace mucho tiempo que las Cortes no existen. Aquí no hay más que gobierno y pueblo. Se obstina el gobierno en cobrar unas contribuciones que el pueblo no puede, ni debe pagar, porque no son justas, ni equitativas, ni tolerables, y el pueblo, en vez de correr a las barricadas, como en otros tiempos, ó de contestar a la agresión con bombas de dinamita, con arreglo a la última moda, se limita a la pacífica actitud del deudor que no encuentra modo de pagar su deuda.»

Actitud digna de alabanza.

«Para que quiere usted que el pueblo vaya a las barricadas?»

«Para que se luzcan nuestros héroes disparando todos los cañones y fusiles que permanecieron mudos antes los yanquis?»

«Para que por cada barricada que se levante nos hagan un nuevo general?»

Y sigue el colega escribiendo:

«La resistencia al pago de las contribuciones señala un progreso notable en nuestras costumbres políticas. Nosotros, revolucionarios impenitentes, encontramos femenino, débil y que indica decadencia de espíritu, impotencia social, eso de negarse al pago de los tributos, dejándose embargar como corderos, cuando lo natural y lógico era que nunca como ahora se proclamase el derecho de insurrección.»

«Acaso no lo hemos proclamado?»

«Quiere usted más insurrección que decirle al casero al fin de mes:—¡Amigo, no hay un cuarto, ni esperanzas!»

«O cree usted que la insurrección consiste en disparar tiros al aire para que asciendan otra vez a Primo de Rivera, por ejemplo?»

**

D. Víctor Concas, uno de los jefes de la esquadra que en Santiago de Cuba sacó incólume el honor embarrancando a toda máquina, está escribiendo un libro de *aquello*.

«Cómo es eso?»

«Pues no dijo su señoría, al desembarcar en Barcelona, que no tuvo arte ni parte en la varadura, porque, apenas comenzó la batalla, fue herido, y de nada se enteró?»

¡Vaya, rayal!

D. Víctor, por muy bien que quiera usted dorar la píldora, crea firmemente que no se la traiga nadie.

Todos los españoles sabemos que en Santiago de Cuba no se podía vencer, pero... creíamos buenamente que se podía morir.

Y nos equivocamos... con ustedes.

Porque con Lagaza no nos equivocamos. ¡Aquél ilustre marino cumplió con su obligación!

**

Señores, ¡qué bueno viene hoy *El País*!

Le dedica un artículo entero al magistral de nuestra basílica, Sr. Roca y Ponsa, una especie de andarríos con sotana que anda por Sevilla predicando sermones ¡que tienen que leer! y escribiendo folletos ¡que tienen que leer! y poniendo en ridículo al virtuoso Spínola, ¡que da que reír!

El articulista comienza por decirle que está en camino de hacerse personaje, y se lo dice con estas frases gráficas y... evangélicas:

«Otros más brutos que tú lo han sido a menos coste.»

Porque, ven acá, temonono y saleroso magistral, que vales más pesetas que una y griega barcelonesa de las pingües; ven acá y en confianza reconoce que te estás comprometiendo como un bestia, y si el juego te sale mal, en vez de la mitra enorme con que sueñas, enorme, decimos, si ha de entrar en esa tu cabeza como bola de puente, vas a encontrarte con un disgusto morrocotudo; y este adjetivo no alude a los respetables morros que te admira toda Sevilla.»

Y así, por ese orden, es todo el artículo; artículo que no transcribo porque no me gusta hacer daño con boca ajena, cuando yo la mía la tengo muy bien afilada.

Pero... como me regocijan tanto estas cosas, no puedo por menos que demostrar mi satisfacción.

Pues... ¡y esto que le dice después!:

«Tú, forastero en Sevilla, ambicioso y falto de escrúpulos, al fin manejas, aunque mal, la péñola, y *diqueles* algo de política, si no es muy fina; porque lo que es burdo lo fuiste siempre, y ahí está para decirlo tu cara tan semejante a la de un cabezudo zaragozano.»

Bueno, te metes en harina, figuras como carca, te relaciones con los Benjumeas, que, aunque tacaños, son ricos é influyentes; cabideas con Nocedal, también rico y tacaño, pero temible aún en su decadencia, como el Cid después de muerto; haces que te crean autor de las *Observaciones*, obra imposible, mala y todo, para tu caletre; los carcas, los miserables nocedalinos y los polaviejistas te jalean; los conservadores y las conservadoras te guñan el ojo; los estetas, ahí tan poderosos, transigen contigo, y cáttate hecho una potencia, un magistral que se hom-

brea con el Primado, el Nuncio y Rampolla, teniendo en jaque al Palacio de Oriente. ¡Ahí es nadal!

Y... ¡así está todo el artículo!

Ya comienzas a subir, Roca y Ponsa... ¡te haces hombre, porque ya rueda tu nombre allende el Guadalquivir!

Cada cual a su manera busca notabilidad: tú con tu barbaridad vas en la fila primera.

CARRASQUILLA.

Los hijos de Dreyfus

«Se puede hablar de ellos sin despertar el rencor ni atraer sobre sus cabezas un chaparrón de ultrajes? ¡Sí! Es imposible que no hubiera quedado un poco de piedad para estos corazones que viven hace ya tanto tiempo en el más piadoso de los engaños.»

Cuando la otra mañana, y durante el interrogatorio sin fin que toda la Francia sigue frase a frase, el capitán Dreyfus exclamó: «¡He sufrido un suplicio tan largo por mi mujer y mis hijos! Sólo su pensamiento me hace vivir, mi coronel,» un estremecimiento profundo se oyó en la sala del Consejo. Los impasibles sintieron como un estremecimiento en la nuca, y los malvados cesaron un momento de sonreír.

Sabemos dónde se oculta en este momento la mujer admirable que lleva ya cinco años subiendo al Calvario. En una casa de Rennes, que la curiosidad de los *reporters* respeta y los insultos de los adversarios no se atreven a conturbar, madame Dreyfus espera un veredicto de justicia y de verdad. Lloro, pero no pierde la confianza.

¿Y los niños? Es menester contar su historia a ver si llega a conmovier las almas de roca y brota de ellas alguna florecilla de piedad.

Son dos: el uno se llama Pedro, y camina hacia los ocho años de edad; el otro se llama Juan, y la próxima primavera hará sonreír seis Abriles en sus ojos azules.

Pedro se parece mucho a su tío, cuya voluntad y firmeza de carácter revela ya. Juan es un vivo retrato del capitán, y se adivina la misma nerviosidad que el padre en sus exquisitas picardías, en sus caprichos de niño adorado y mimoso.

Estos pequeños seres crecen en la mayor ignorancia de su desgracia. El amor maternal se interpone constantemente entre ellos y los ruidos de la calle, cerrando todas las puertas a los abominables rumores. La ingenuidad florece en su inconsciencia. Cuando ven la sontisa de mamá velada por lágrimas, Pedrito y Juanito no preguntan la causa. Y aunque el primero ya sabe leer, no es en los periódicos donde ha aprendido las primeras letras, sino en un hermoso abecedario que les regalaron sus abuelos.

La tristeza ha convertido la casa en una prisión tan dulce, que ni siquiera echan de menos el colegio en que trabaja y se divierte una alegre caterva. Mamá reemplaza a todos sus camaradas; con ella van a paseo todos los días; ella los cuenta graciosos cuentecitos, entre suspiros, que a veces no puede disimular; ella es, en fin, la que guía el dedito de Juan sobre el grueso alfabeto, y la que corrige los deberes de Pedro en un cuaderno embadurnado de tinta y pintarrajeado de figuras ingenuas y de patitos.

Hace ya mucho tiempo de esto. Un día que papá no volvió a casa, Pedro se puso a llorar al ver la plaza desierta. Era muy pequeño. Mamá, con los ojos enrojecidos, le besaba en la boca, contándole no sé qué historia para calmarle.

Dijole que le había llanado con urgencia el ministro para darle una orden, y el capitán había partido a lejanos países, donde tenía que desempeñar una misión difícil. La generosa mentira se cernió de mil modos. Si habiendo tantos oficiales fue elegido papá, es porque era el más sabio; pronto lo volvería a ver con un galón más de oro y una gran cruz de honor sobre el pecho.

Pedro abrió sus grandes ojazos ante esta interesante impostura, y no volvieron a asomarle las lágrimas. ¡Quién sabe si soñaría en palpitantes aventuras, que después le contaría papá a su regreso, sentándole en las rodillas! También le traería juguetes más bonitos que los de París.

Como Juan no comprendía aún el sentido de las palabras y de las cosas, reía de ver reír a su hermanito. Y mamá besaba aquellas dos cabezitas calmadas y rubias, para poder volver la suya y entregarse al llanto.

Así pasaron muchos meses, durante los cuales la engañosa serenidad maternal caía alguna vez en la realidad. Pedrito no dejaba de hablar de la ausencia, y su curiosidad era cada vez más impaciente y viva. También Juanito comenzaba a interesarse por el viajero que debía traer tan-

